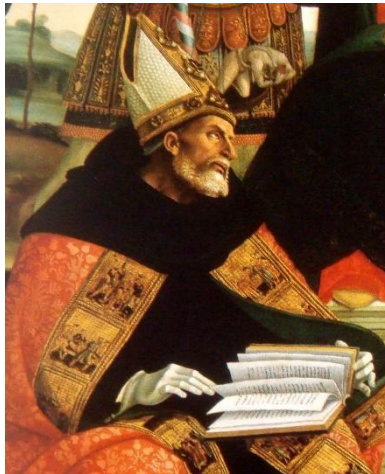


EJERCICIOS ESPIRITUALES EN LAS CONFESIONES DE SAN AGUSTÍN ¹



San Agustín, Padre y Doctor de la Iglesia, monje y Obispo.

Introducción.

Las Confesiones es la obra maestra de S. Agustín que ha influenciado la espiritualidad cristiana durante 1600 años. El la escribió para dar testimonio de su peregrinaje sostenido por la inquietud interior que el ser humano experimenta en su búsqueda de la verdad y la felicidad. Y lo hace con un lenguaje claro y un conocimiento profundo de la condición humana que suscita la empatía de sus lectores. Ahí todos podemos encontrarnos y aprender algo sobre nosotros mismos y sobre Dios a medida que elaboramos una respuesta a la llamada de su escondida providencia. El objetivo de su historia, escrita hacia el 397 d.C., es dar testimonio de ello ante Dios, y públicamente ante los hombres, para “mover su pensamiento y afectos hacia Dios” en un nuevo estilo de vida (X, 3,4; 4,6). Con esa perspectiva, las *Confesiones* representan el núcleo de una enseñanza espiritual profundamente enraizada en el mensaje del evangelio.

Este proyecto lo toma como punto de partida para un “peregrinaje espiritual”: la *experiencia hacia la conversión personal, la fraternidad en la comunidad de fe y el servicio a Cristo en su Iglesia*, que definen el carisma de Agustín. Los tiempos que vivimos, marcados por la servidumbre masiva de ídolos culturales, la confusión de ideologías y la multitud de ambiciones insaciables, envuelven al ser humano en la niebla de una agobiante dispersión interior. Más que nunca se impone restaurar una visión coherente y orientada de la vida. Sobre ese objetivo S. Juan Pablo II, urgió a los frailes de la Orden de San Agustín en el 2001 a asumir una tarea pastoral específica en relación con una de las necesidades más apremiantes: la de ofrecer al hombre de hoy la enseñanza de Agustín, el gran Maestro espiritual, Y lo hizo en estos términos:

¹ Esta presentación resume, para el programa FORCONT, el contenido de los *Ejercicios Espirituales con San Agustín*, Editorial San Pablo (2016) (Print & Kindle / Amazon.com) que ofrece el texto completo con las “prácticas formativas”, los esquemas para “diálogo interior” y una bibliografía selecta. Sugerimos al lector consultar la obra para una reflexión y experiencia más completa.

“Dios ha venido en ayuda de la radical debilidad del hombre, que percibe en sí mismo, tal vez de modo inconsciente, una inquietud interior hacia algo que le trasciende. San Agustín llega al encuentro con Dios precisamente a través de este sentimiento de inquietud existencial, teniendo como compañeros de camino el estudio de la palabra de Dios y la oración.

La experiencia de Agustín se asemeja a la de muchos hombres contemporáneos y por eso vosotros, agustinos, podéis con formas modernas de servicio pastoral, ayudarlos a descubrir el sentido trascendente de la vida. Debéis ser para ellos acompañantes y animadores de una fe más personal y, al mismo tiempo, una fe más comunitaria, porque es la Iglesia quien mantiene viva la memoria de Jesucristo...

Extraed del inagotable tesoro de vuestro gran Maestro sugerencias y propuestas para una acción apostólica renovada... salvaguardada, inalterada y viva, la herencia del mensaje doctrinal y práctico de San Agustín, en el cual puede encontrarse la humanidad de siempre, hambrienta de verdad, de felicidad y de amor...

Sed los ‘pedagogos de la interioridad’ al servicio de la humanidad en búsqueda de Jesucristo en el tercer milenio. A Él no se llega por un camino superficial, sino por la vía de la interioridad...que es punto de partida y de llegada, como advertía Agustín en sus Confesiones. Eso requiere un trabajo de inmersión en uno mismo, de liberación de los condicionamientos del mundo exterior, de escucha atenta y humilde de la voz de la conciencia. Se abre aquí un vasto ámbito pastoral que concuerda totalmente con vuestro carisma”¹

Benedicto XVI, que conoce a fondo la obra de San Agustín, le ha propuesto en la carta *Porta Fidei* (n.7) como el recurso invaluable para una renovación individual y comunitaria: «Sus numerosos escritos, en los que explica la importancia de creer y la verdad de la fe, permanecen aún hoy como un patrimonio de riqueza sin igual, ayudando todavía a tantas personas que buscan a Dios y encuentran el sendero justo para acceder a la ‘puerta de la fe’». Y el Papa Francisco lo considera un referente principal en la nueva evangelización: «Si Agustín es relevante, si es nuestro contemporáneo se debe especialmente a que es capaz de enseñarnos cómo ser y permanecer cristianos en el tiempo de la Iglesia»².

Los *Ejercicios Espirituales con las Confesiones de San Agustín* contribuyen a la realización de esa profética tarea pastoral.

El paradigma agustiniano

Los filósofos de la antigüedad, particularmente Plotino, que han precedido y han instruido intelectualmente a Agustín meditaron en el predicamento humano y su aspiración al dominio de las pasiones para ascender a la unidad con el ser Supremo. Y con este objetivo desarrollaron unos principios de formación personal para la búsqueda de la verdad, la sabiduría y una vida de elevados ideales. Pierre Hadot interpreta con autoridad los textos más conocidos de la cultura greco-romana

² Siendo cardenal Jorge Mario Bergoglio, en el prefacio a G. Tantardini, *Il tempo della Chiesa secondo Agostino* (Città Nuova, Roma 2009).

como orientados a alcanzar gradualmente la perfección por medio de una serie de ejercicios que identifica como «espirituales».³ Ese es el calificativo más adecuado para el conjunto porque incluye sus aspectos intelectuales, éticos y terapéuticos. Pueden resumirse en cuatro tópicos fundamentales: aprender a leer, dialogar, vivir y morir. La razón principal que los justifica es la necesidad de renunciar a los falsos valores que proclaman la riqueza, los honores y los placeres en favor de los auténticos valores que residen en la virtud, la simplicidad y la contemplación. Todo ello para facilitar una conversión y transformación de la persona.

Agustín ha leído ávidamente y asimilado con entusiasmo los textos clásicos desde su juventud, convencido de encontrar en ellos un ideal basado en la purificación moral y la prominencia intelectual. Y nos dice: «Yo estaba encandilado por amar y buscar, abrazar y poseer la sabiduría misma, la verdad total, fundamento de todas las verdades diseminadas por las escuelas de platónicos, maniqueos, estoicos». Pero más adelante explica la decepción general que sufre después cuando llega a entender al fin que la filosofía antigua reconoce anhelos profundos en el ser humano que en realidad no puede satisfacer (*Conf.* III, 4, 7-8; 6, 10)⁴. Afortunadamente, él logra encontrar otro camino y desarrollar un peculiar humanismo cristiano en el que se integran elementos de una cultura antigua en síntesis con su fe cristiana.

La lectura de las *Confesiones* como *Ejercicio espiritual* que aquí proponemos interpreta una experiencia fundamental a través de la cual Agustín nos muestra cómo el ser humano comprende y articula su respuesta a la llamada de Dios que invita a la conversión⁵. Esa decisión crítica de vida envuelve particularmente el entendimiento y la voluntad que, con la gracia de Dios, lo hace posible (X, 29, 40). A través de ese ejercicio Agustín hace una serie de descubrimientos, que van marcando el itinerario de su peregrinaje y en los cuales, gradualmente, la verdad se revela al que “busca, pide y llama” (I, 1,1). El proceso puede resumirse en estos términos:

1) El ser humano ha sido creado por Dios a su imagen y semejanza, con imborrable huella en **la memoria**, y orientado radicalmente hacia Él;

2) Pero llevado por el deseo de una felicidad engañosa, se ha alejado y olvidado voluntariamente de Dios. Y siguiendo su propio camino, se ha extraviado en **la dispersión** que deforma la imagen prístina de criatura espiritual (VII, 21, 27);

3) A pesar de ello, el ser humano no queda desarraigado totalmente de su Creador que no cesa de llamarle. La respuesta a esa llamada se efectúa en el retorno a **la interioridad** donde encuentra a través de la cual adquiere no solo un conocimiento de sí mismo sino también de Dios que puede reformarle y aliviar su radical inquietud;

4) El amor es el peso que lleva al hombre dondequiera que vaya y para reorientar su trayectoria es necesario establecer un **orden en el amor**. Pero solo la súplica del corazón herido consigue la gracia sanadora de Dios, el medido íntimo.

³ Hadot, P., *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*. Biblioteca de Ensayo, 2006.

⁴ En adelante, las citas de las *Confesiones* aparecen sin el título y en paréntesis la referencia al libro, capítulo y párrafo.

⁵ La lectura de las *Confesiones* impone atención reflexiva y un ritmo pausado. Los *Ejercicios* facilitan mantener esa disposición a través de las frecuentes citas. En el proceso, las notas personales son parte integrante y valiosa de la experiencia personal del ejercitante y lector.

5) Y esa gracia viene por mediación de Cristo, **el Maestro interior** que, con palabras y hechos, se muestra como el verdadero Camino. El hombre se afirma en Él por la conversión y la voluntad firme y unificada hacia una restauración total de su persona.

6) El discípulo de Cristo, como nueva criatura, se integra activamente en la comunidad de fe que con **un solo corazón** alaba a Dios y se fortalece por la Palabra y el sacramento en su Iglesia.

7) De este modo los creyentes dan testimonio de un estilo de vida cristiana, en **peregrinación** hacia a Dios, origen y término de la existencia humana.

Elenco

Ejercicio 1. MEMORIA. Ejercicio 2. DISPERSIO. Ejercicio 3. INTERIORITAS

Ejercicio 4. ORDO AMORIS. Ejercicio 5. MAGISTER. Ejercicio 6. COR UNUM

Ejercicio 7. PEREGRINATIO



Ejercicio 1. MEMORIA

Aprender a recordar la historia personal

El peregrinaje espiritual de Agustín comienza en la memoria que es el instrumento de su búsqueda, desde las profundidades de la condición humana para llegar al conocimiento de sí y de Dios, el referente de transcendencia. Es una actividad que se realiza a través del diálogo interior.

1. Presencia radical

En un momento determinado de su vida. Agustín se sitúa en la presencia de Dios para redactar sus *Confesiones*. Es un acto de significado en el que se dirige a Dios, cuya presencia percibe más allá del silencio y la sombra del misterio, en el fondo de su memoria. A pesar de su capacidad intelectual y retórica, comienza con una exclamación bíblica de absoluta simplicidad: “Grande eres Tú, Señor, y muy digno de alabanza” (s. 47; I, 1, 1). Una afirmación rotunda que propone al otro, “Tú, Señor” desde el primer momento como el principal referente para todo lo que sigue. La cita del salmo es la indicación más clara de dónde viene la inspiración y la iniciativa para comenzar su historia personal que se desarrolla sobre el vasto horizonte de la humanidad entera: “Nosotros que llevamos la marca de la mortalidad y la evidencia del pecado, quebrantados en nuestro orgullo, parte pequeña de tu creación” (I, 1, 1).

Con estas palabras humildes traza ya la diferencia esencial y categórica que existe entre el hombre y su Creador. A pesar de ello, afirma que “el hombre desea alabarte”, indicando una irreprimible necesidad de alzarse desde su nivel y acercarse a quien está “en lo más alto”, pero presente siempre a sus criaturas. Agustín aclara que no hay mérito por nuestra parte en hablar así, ya que es Dios mismo quien suscita el deseo de alabanza y de acercamiento en los seres humanos. ¿Y cuál es la razón? Agustín, en una línea, establece la premisa que descifra el sentido más profundo de la experiencia: “Estos seres humanos quieren alabarte porque nos has hecho orientados hacia ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti” (I, 1, 1). Esta es la condición que marca su perspectiva fundamental y el carisma de su *peregrinaje espiritual*.

2. Diálogo interior

El diálogo interior es el ‘método’ del *texto y experiencia* que sostiene la estructura de las *Confesiones*. Es característico del estilo de Agustín y se centra en torno a dos preguntas fundamentales: “¿Qué eres tú para mí? [...] ¿Qué soy yo para ti? (I, 4, 4-5; 6, 10). El doble interrogante nos deja en la niebla de los límites en que se encuentra el ser humano y el misterio de Dios y la relación entre ambos. Agustín había formulado ya estas cuestiones en sus *Soliloquios* (considerado un preámbulo a las *Confesiones*) como una proposición central a su itinerario espiritual.⁶ Allí afirma que su deseo primordial y único es *–noverim me, noverim te–*, “conocerme y conocerte”. Ahora, en las *Confesiones* reformula el tema con sublime profundidad: “Conocedor mío, que yo te conozca como Tú me conoces; entonces conoceré al igual que soy conocido” (X, 1,1)

« ¿Qué eres Tú para mí? »

⁶ *Soliloquia* (I, 2, 7; II, 1, 1).

En primer lugar, Agustín intenta correr el velo de esa presencia silenciosa con la pregunta, «¿Qué eres Tú para mí? » ¿Quién es este Dios, Creador, Ser supremo de quien el ser humano depende totalmente? Dios «llena y contiene» simultáneamente. La interrogación inicial se alarga con un matiz de cierta incertidumbre, como si Agustín intentara contestar al verso del salmo: «¿Dónde está tu Dios?»⁷ Agustín sabe que la palabra y el conocimiento humano no pueden abarcar el misterio de Dios. Más aun, él necesita de Dios para explicarse a sí mismo, desde su necesidad más profunda:

“Te pido me digas qué eres Tú para mí. Dile a mi alma: Yo soy tu salvación. Y dilo de tal modo que yo lo oiga. Señor, ahí tienes en tu presencia los oídos de mi corazón. Ábrelos y dile a mi alma: Yo soy tu salvación. Yo saldré disparado tras esta voz y te alcanzaré. ¡No me escondas tu rostro! Que yo muera para no morir, a fin de que vea tu rostro” (I, 5, 5).

“¿Qué soy yo para ti”?

La pregunta “¿Qué soy yo para ti”?⁸ intenta establecer un parámetro que sirva de referencia para mantener el diálogo y denota una cierta ansiedad. El ser humano tiende a construir imágenes de sí mismo que engrandecen su medida y su capacidad. La grandiosidad es un gesto de protección contra la posibilidad de ser reconocido en su desnuda realidad. Pero Agustín, que ha sufrido esa ilusión, decide ante todo señalar su condición de criatura mortal y, en dramático contraste, extiende el alcance de su reflexión para introducirse a sí mismo. Al decir: “Yo, polvo y ceniza” recurre a una referencia bíblica con lo cual se declara como alguien en dependencia total de Dios que lo ha creado. Y sin embargo, al interrogarse ante Dios, de algún modo implica un acercamiento, ¿pero en qué términos? Agustín es sólo una “ínfima parte de tu creación” y no concibe espacio posible en sí mismo. ¿Acaso su alma?

“Estrecho es el aposento de mi alma para que pueda darte acogida en él: ensánchalo Tú. Está en ruinas: repáralo. Tiene cosas que ofenden a tus ojos. Lo reconozco y lo sé. Pero ¿quién va a limpiarlo? ¿A qué otro fuera de ti voy a dirigir la plegaria: Límpiame, Señor, de mis manchas ocultas? (I, 5, 6).

Con esas palabras indica su confianza en que es Dios el que trae consigo la sanación interior, lo más deseado por quien se considera profundamente herido. Más adelante ora a Dios, notando la realidad del pecado en el hombre que le hace objeto de su misericordia (I, 7, 11).

3. “*Quiero recordar*”

Agustín, demuestra haber asimilado bien el *ars memoriae* que enseñaban sus maestros de retórica cuando comienza su ejercicio con estas palabras: «*recordari volo* - Quiero recordar» (II, 1, 1). Pero él aplica su esfuerzo para ir al fondo de su inquietud, para conocerse, descendiendo a los más oscuros rincones donde se han acumulado sus pecados (II, 1, 1) y conocer a Dios por los signos de su

⁷ salmo (42:3)

⁸ Esta pregunta fundamental que se hace Agustín al principio, es la esencia y objeto principal de su discernimiento en la presencia de Dios. Y va encontrado respuesta a lo largo del dialogo interior que da forma y contenido a las Confesiones. Se repite aún más concisamente: “¿Quién soy yo y que soy yo?”, en la reflexión que prepara el retiro antes de su conversión: (IX, 1,1). Invita al lector a hacerse la misma pregunta.

misericordia (VIII, 1,1)⁹. Agustín se apresta a rescatar y allegar lo que subsiste de su experiencia humana en la memoria con el fin de traerlo a la presencia de Dios y de sus lectores.

De esta actividad surgen las «grandes cuestiones» que uno plantea a sí mismo y a los otros, como las que se refieren al destino personal, las preocupaciones de tipo moral, la idea de Dios, la felicidad, el sufrimiento y la muerte. A pesar de los cambios y desenlaces que han podido ocurrir, la persona llega a reconocerse en su pasado, con el que restaura el sentido de continuidad fundamental del ser. La memoria establece la identidad del ser humano (X, 8, 14) Y consiguientemente, es baluarte contra las fuerzas contrarias origen de la dispersión que pugnan dentro de uno mismo y en los contextos culturales que absorben su atención y afectos.

El esfuerzo de recordar que hace Agustín en su peregrinaje espiritual es por eso *una exploración y discernimiento que Agustín lleva a cabo en “presencia auténtica” ante Dios que habita en su intimidad*: “Mira mi corazón, Señor. Tú has querido que él evoque este recuerdo y te confiese” (VI, 6, 9). La expresión “*recordari volo*”, es una *exercitatio animi* en respuesta a la intervención de Dios y una decisión fundamental de buscar ‘sus caminos’ a través de un diálogo constante.

⁹ salmo 143: 3.

Ejercicio 2. DISPERSIO

Aprender a regir el deseo de felicidad

La Memoria sitúa a la persona frente a la realidad de la dispersión que ocurre en la búsqueda de la felicidad humana. Una experiencia universal, recurrente y de grandes consecuencias que constituye la trama de las “profundidades” desde las cuales hay que invocar a Dios. Agustín examina este lado de la mortalidad que comparte con sus lectores y necesita sanación.

1. El hombre y sus caminos

Quien ha hecho una peregrinación habla con frecuencia de los caminos por los que ha andado y se detiene en los detalles de su experiencia. Para Agustín es una metáfora que sitúa la experiencia del ser humano en el contexto milenario de los salmos, donde tan repetidamente se confrontan los caminos del hombre con los caminos de Dios¹⁰. Agustín se sirve de esta antítesis para explicar la naturaleza de su extravío y sus consecuencias. Desde su primera juventud habla de seguir sus caminos que son ‘malos senderos’ por los cuales va «arrastrando una carga de miseria» (I, 24; 2, 1). Por ellos se aleja de sí mismo y simultáneamente se aleja más y más de Dios: *ab uno te aversus in multa evanui*; abandona la coherencia que se experimenta con el ‘uno’, para fragmentarse en la multitud de cosas terrenas (II, 1, 1).

“Yo me alejé de ti y anduve errante [...] y me convertí en un paraje de miseria.” [...] “anduve vagando en medio de terribles peligros, desafiante, ignorándote a ti, hechizado por mis caminos, no los tuyos, y disfrutando de una libertad propia de fugitivos” (II, 10, 18; III, 3, 5).

+ *Ambiciones materiales*

Agustín ha escogido sus caminos marcados por la ambición: «Entonces me dejaba llevar a remolque de toda suerte de vanidades» (I, 18, 28), «siguiendo los impulsos de mi dispersión» [...] «dominado por el deseo de ser aplaudido por los hombres» [...] «de tener éxito» (II, 1, 4) [...] «de situarme en una clase social alta»... “Mi sueño dorado eran los honores, las riquezas y el matrimonio. Y Tú te reías de mí [...], estas pretensiones habían puesto una carga de miseria sobre mis hombros y cuanto más caminaba más pesada se hacía (VI, 6, 9).

Las cosas materiales adquieren una prioridad distorsionada, arrastrándonos tras lo que Agustín llama *–spem saeculi huius–* residuos “de la esperanza en el mundo” (VIII, 12, 30). La consecuencia de vivir “fuera de uno mismo” bajo la fascinación de lo que el mundo ofrece es una imagen en contraste que resume la situación:

¹⁰ Los salmos, con frecuencia, contraponen los caminos del hombre justo (Salmo 1, 6) y los del pecador (Salmo 12, 15). Por eso Agustín ruega a Dios que le muestre y enseñe sus caminos (Salmos 25, 4-5; 86, 11).

“La gente se desplaza para admirar los picachos de las montañas, las gigantescas olas del mar, las anchurosas corrientes de los ríos, el perímetro del océano y las órbitas de los astros, mientras se olvidan de sí mismos” (X, 8, 15)¹¹.

+ *Amores furtivos*

En las Confesiones (libros II-III) Agustín nos describe los últimos años de la adolescencia que marcan en él una huella indeleble. La narración ensancha el espectro de la ‘multiplicidad de amores’ y seducciones. Es la dinámica que inicialmente tiene su más escueta expresión en «el deleite de amar y ser amado» a la cual añade la experiencia de la sexualidad física desenfadada (II, 2, 2).

+ *Seducciones del entorno*

Esta actitud se proyecta, no solo en las representaciones teatrales, danzas, y otras muchas formas de diversión en las que Agustín se embrolla, sino también en las relaciones con los grupos que ejercen en él una atracción irresistible porque satisfacen la necesidad de aceptación, identificación y afirmación. Él habla de sus “compinches que rondaban conmigo las plazas de Babilonia” (II, 3, 7) o amigos dominados por las ambiciones terrenas a quienes califica como “engañados y engañadores”, desordenados e inconsecuentes en su vida privada y pública (IV, 1, 1). Agustín los considera como “perniciosa amistad” y usa el término ‘seducción’ para describir el efecto en sí mismo que arrastra la voluntad. La dinámica interna se condensa en una acción impulsiva, ‘vamos, hagámoslo’ (II, 9,17), desprovista de juicio sensato. Todos dejaron en una huella amarga en su peregrinaje.

En esta crítica experiencia que describe Agustín, el deseo se exagera sobre todo a través de relaciones indiscriminadas, en formas disolutas de gratificación, fusión y dominación. El análisis que hace de este aspecto de su experiencia muestra la sutileza de una visión, a la vez detallada y profunda, de la condición humana y sus consecuencias en el ámbito del deseo sexual y su gratificación. Y al mismo tiempo llama la atención de sus lectores sobre la complejidad de esa inclinación poderosa particularmente vulnerable al desorden. ¿Con qué palabras explicarán su propia dispersión?

2. La felicidad ilusoria.

La búsqueda de la felicidad es la tendencia primordial del ser humano. Pero no es fácil encontrarla Y Agustín confiesa desde un principio que, siguiendo sus caminos, no llegaba a buen término: “Yo buscaba placeres, honores y sabiduría no en ti sino en tus criaturas y en mí mismo; por eso caí de lleno en el dolor, la confusión y el error” (I, 20,31). A lo largo de la narración de su experiencia resuena el efecto de la concupiscencia desordenada de la que habla San Juan.¹² En un momento crítico considera su vida con todos sus avatares y se hace la gran pregunta: « ¿Puede llamarse esto vida, Dios mío?» (III, 2, 4) [...] es más bien, “sufrimiento y muerte” (IV, 6, 11). Su

¹¹ Este es el texto de las *Confesiones* que Petrarca medita en la subida al monte Ventoux y causa tal impacto en él que decide cambiar de vida.

¹² 1 Jn 2:16. El examen persiste en otros momentos de su historia. En el libro VIII Agustín describe cómo la dispersión incontrolada crea un conflicto que divide la voluntad en la etapa más crítica de su peregrinaje, antes de la conversión. Y vuelve con más detalle en el libro X, 29,40 estimulando a que el lector se detenga, reflexione y se cuestione a sí mismo.

respuesta le mueve inicialmente a una re-consideración de sus afanes: «Buscamos la vida feliz en la región de la muerte. No está allí. ¿Cómo vamos a hallar allí vida feliz si ni siquiera hay vida?» (IV, 12, 18).

3. “*De profundis*”

Para muchos, una situación semejante, dominada por fuerzas extrañas que despojan al ser humano de las coordenadas elementales de la existencia para actuar eficazmente, es una trampa insuperable. Y se hunden en un estado de dispersión indefinida. Agustín también llega a ese límite y confiesa: “Yo desesperaba ya de encontrar el *camino de la vida*” (VI, 1,1; X, 3, 4). Sin embargo, no cede en su afán de búsqueda y nos explica cómo su descenso “al abismo” de la dispersión llega a un punto “desde donde el hombre tiene que clamar a Dios” (II, 3,5; salmo 129.1).

En su momento, como el hijo pródigo de la parábola evangélica –que para él es una referencia de principio– (I, 18, 28), *recapacita* en su situación y busca angustiosamente una salida en lo recóndito de “la memoria de sí y de Dios” (II, 1, 1). Y toma una decisión crucial que Agustín describe escuetamente en su narración con estas palabras: “*Surgere coeperam ut ad te redirem* — “comencé a levantarme para regresar a ti” (III, 4, 7).

Quizá esta decisión es la más ardua del ejercicio, pero el peregrino tiene que enfrentarla cada vez que se repita y superarla si ha de seguir adelante.

Ejercicio 3. INTERIORITAS

Aprender a dialogar con Dios

Interioritas es el ejercicio que resuelve la experiencia de la dispersión en el encuentro con Dios que llama, inspira y asiste con su providencia. La voluntad humana y la gracia divina se actúan conjuntamente en una decisión y movimiento de retorno a través del diálogo interior con Dios.

1. La llamada de Dios

La iniciativa de retorno, el movimiento desde la dispersión hacia la interioridad, Agustín lo atribuye no al esfuerzo o inteligencia personal sino a Dios. «Tú me llamaste desde lejos para que volviese» (IV, 11, 16). Y más adelante: “Penetré en mi intimidad, siendo tú mi guía. Fui capaz de hacerlo, porque tú me prestaste asistencia” (VII, 10, 16). El efecto principal es que la llamada de Dios recoge al ser humano de su dispersión (I, 3, 3; II, 1, 1; X, 40, 65). Pero la interioridad en el peregrinaje de las Confesiones no es un ejercicio de introspección en soledad, sino de atención y escucha al Otro, Dios que habla en la intimidad. Agustín anota que *el ser humano tiene que responder, abriéndose a esa intervención* no sólo con la humildad que corresponde a la necesidad de sanación, sino también con la confianza firme de que eso es posible.

Agustín no tiene esa disposición al principio pero no cesa en su esfuerzo, mientras la Providencia “misteriosa y escondida” se cierne sobre sus pasos. Las *Confesiones* detallan la influencia que tienen algunos elementos, entre ellos:

+ *Las lecturas filosóficas*, particularmente el libro titulado *Hortensio*, una exhortación a la filosofía de Cicerón que, le descubre la posibilidad de llegar a una forma de conocimiento y de estilo de vida superior. Lamentablemente, este libro no menciona a Cristo un nombre que, con valor de transcendencia, Agustín tiene «profundamente impreso» en su mente desde la niñez. Lee también los libros de la secta Maniquea en la cual se alista más por conveniencia que por convicción. Pero las enseñanzas que allí aprende, por el contrario, le arrastran por derroteros religiosos y éticos que acumulan obstáculos en su camino. Una experiencia que acaba en desencanto cuando oye a Fausto, gran maestro de la secta. Agustín anota aquí la advertencia de San Pablo: (Col 2, 8): “Mirad que nadie os engañe con filosofías y vanas falacias fundadas en tradiciones humanas, en los elementos del mundo y no en Cristo; Pero es en Cristo donde habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente (III, 4, 8).

+ *Las Escrituras*, en las que Agustín se aventura por primera vez “para ver qué es lo que allí había”, causan una impresión de poco mérito porque no podían compararse en modo alguno con la oratoria de Cicerón. Por otra parte, admite que aún no estaba preparado para adentrarse en sus caminos ni acomodarse a sus pasos: “Mi arrogancia se rebelaba contra su estilo humilde y mi agudeza intelectual no pudo penetrar su íntimo significado” (III, 5, 9). Sin embargo, no se olvida del impacto que le causó el hecho de que las Escrituras “ofrecían algo humilde al principio, cuando uno entra en ellas y algo más elevado a medida que uno avanza, algo velado en el misterio [...] algo que no es accesible ni al escrutinio del arrogante ni se descubre a la ojeada del principiante” (III, 5, 9; VI, 5, 8).

2. El “médico íntimo”

En ese proceso de interioridad, el descubrimiento más importante que hace Agustín es acerca de la «providencia escondida» de Dios, que de «modo misterioso» ha intervenido favorablemente en su experiencia: «Te haces presente y nos liberas de los errores que constituyen nuestra miseria, nos pones en tu camino, nos consuelas y nos dices: adelante, yo os llevaré, yo seré vuestro guía» (VI, 16, 26) Y en otro lugar, evoca con profunda humildad la acción compasiva de Dios:

“Tuviste lástima de esta tierra y ceniza y tus ojos se complacieron en dar forma de nuevo a mi deformidad” [...] “Tú me espoleabas con estímulos internos” [...] mi hinchazón desaparecía con la ayuda misteriosa de tu medicina que escocía, pero aclaró la confusión y la niebla en el ojo de la mente (VII, 8, 12). “Tu mano me cogió y me sacó del hoyo, me puso en un lugar de curación [...] (VIII, 1, 2).

Agustín, el hombre disperso, de corazón inquieto y herido, se reconoce enfermo y recurre a Dios como el verdadero y único «médico de su intimidad» –“*medicus es, aeger sum*” (X, 3, 4; 23, 38; 28, 31). Dios es el principal agente de cambio y progreso y desde el fondo insondable de su providencia. El, con insondable sabiduría aplica “ruegos, intimidaciones, consuelos, mandatos”, en muchas maneras que Agustín apenas puede contar o describir (XI, 2, 2).

3. La “alianza” de sanación

El mensaje central del cristianismo ha sido siempre una llamada a la conversión del corazón, con el objeto de restaurar la imagen de Dios en su interioridad. Por eso Agustín nos presenta su vida como un esfuerzo sostenido, no solo para responder a la llamada inicial de Dios sino también a cooperar en la tarea de sanación espiritual. Poco a poco le vemos progresar desde un estilo de vida en el que disfruta del “albedrío del truhan” (III, 3, 5), a través de un ejercicio de rehabilitación, hacia un cambio transformador y una experiencia de vida con responsabilidad. En ella Agustín encuentra el espacio favorable para participar en una “alianza” de sanación¹³ y lograr cambios, principalmente:

+ *En el mundo cognitivo*, que en el caso de Agustín está dominado por la obsesión de usar sus dotes intelectuales para colmar sus ambiciones; “Yo era el número uno de mi promoción en la escuela de retórica, y eso me inflaba de vanidad y soberbia. La ceguera humana es tan grande, que llega a presumir de esta misma ceguera”. (III, 3, 6). Esa actitud tiene que re-orientarse con otros objetivos. Especialmente afrontar la tarea de desarticular las «*ilusiones*» que han sostenido su vida personal (V, 7, 12).

+ *En las relaciones humanas*

Otra tarea básica es la reconsideración y ajuste de relaciones y eventos que han causado un impacto deletéreo en sí mismo y en otros. Entre ellos el remordimiento que sufrió por la perversidad de hacer el mal ‘por sí mismo’, robando fruta del huerto ajeno (II, 4, 9); el trauma de la pérdida de un

¹³ Agustín emplea el concepto *pactum* (*Conf.* VIII, 8,19) para indicar la intervención de Dios que asume el esfuerzo del ser humano actuando hacia la rehabilitación total de la persona. Su equivalente “alianza”, en sicoterapia, es un componente crucial en el proceso de “cambio”.

amigo a quien amó desmesuradamente (IV, 8, 13-9, 14); la confusión que produjeron en su pensamiento ideologías erróneas (V, 14, 24-25); el dolor y vacío que causó la despedida forzada de su amante (VI, 15, 25); la compunción que sufre ante la muerte de sus íntimos: Verecundo, Nebridio, su hijo Adeodato, su padre Patricio y especialmente la de su madre Mónica (IX, 11, 27-13, 37). Estos episodios que narra en las *Confesiones* son ejemplo del arduo ejercicio que requiere un cambio radical en esta área de la conducta humana.

+ *En la moralidad*

Agustín admite que su voluntad desordenada por un largo tiempo no se reconocía responsable por sus actos y eso ha sido el punto vulnerable de su experiencia y raíz profunda de sus males (VI, 11, 18-19). Esa conducta lleva en sí el germen de “una voluntad viciada”, que eventualmente se hace “cautiva” de su transgresión y con el tiempo causa una vacilación crónica que le impide cambiar: Ahora reconoce que nada fuera de sí mismo le obliga a pecar. Una persona peca por su propia decisión que ha hecho del amor de sí mismo hasta el olvido de Dios.

“Porque la ley del pecado es la fuerza de la costumbre que arrastra y subyuga al espíritu, incluso contra su voluntad, en justa respuesta al hecho de caer en ella voluntariamente. ¡Infeliz de mí! ¿Quién podía librarme de este cuerpo mortal, sino tu gracia por medio de Jesucristo nuestro Señor?” (VIII, 5, 12).

Ejercicio 4. ORDO AMORIS

Aprender a ordenar el amor humano

Agustín nos instruye en el arduo aprendizaje de amar ordenadamente lo que implica regular la dinámica del amor para establecer un medio de relaciones humanas y valores en el que Dios es el centro de gravedad. Lejos de Él, el amor se desorienta causando un trastorno espiritual profundo. El 'ordo amoris' es, esencialmente, una reorientación de su dinámica hacia Dios.

1. La primacía del amor

El proceso de retorno a la interioridad y de conversión a Dios sugiere la primacía del amor a través de un orden. Agustín, desde su experiencia, enuncia el principio básico de que la fuerza que mueve el amor humano es irreprimible y siempre activa, pero en indeterminada. Lo que confiere dirección e intensidad hacia un objeto es el deseo, la voluntad de la persona. El 'ordo amoris' requiere una reorientación del deseo de manera que el ser humano exprese su capacidad de amar sin perder el equilibrio interior.

“Hay dos amores. Uno es la impureza de nuestro espíritu que se vierte hacia abajo por amor de las preocupaciones y de los afanes. El otro, es la santidad de tu Espíritu que nos eleva más alto por amor de la paz libre de toda apetencia, para que tengamos levantado nuestro corazón hacia ti” (XIII, 7, 8).

Los dos extremos forman el arco en tensión radical que abarca la existencia humana, desde la inquietud del amor desordenado hasta la paz del orden interior: “Las cosas menos ordenadas están inquietas. Al ordenarlas, hallan su descanso” (XIII, 9, 10).

2. Ascenso en el amor

+ *Las realidades inferiores.*

La narración de Agustín despliega una variedad de afectos en desorden. Empezando por las cosas a un nivel meramente sensorial, el modo de percibir las y gozarlas que él califica como un «hartazgo de las realidades inferiores». Al mismo tiempo, relata detalles de una fase en la que en sus relaciones humanas prevalece la pasión, el amor sensual. Y así habla de cuando vivía «inmerso en la espesura de amores indiscriminados y sombríos [...] ¿Y qué era lo que me deleitaba, sino amar y ser amado? [...] más aún si podía gozar del cuerpo del amado» (III, 1, 1). Pero el comentario que hace enseguida indica que el objeto de esta pasión intensa no es una relación estable o cualitativamente satisfactoria. Al contrario, no pasa de ser un desbordamiento sensorial y afectivo. Él mismo lo admite: «Me veía despeñado, derramado, diluido y en estado de agitación a causa de mis fornicaciones [...] yo, mientras tanto, iba alejándome de ti con una degradación llena de arrogancia y con un agotamiento lleno de inquietud» (II, 1,1; 2, 2).

+ *La amistad humana*

Esta experiencia ocupa un lugar preferente en los escritos de la antigüedad clásica y también en el ámbito relacional de las *Confesiones*. En su adolescencia, descubre la riqueza de afecto que ofrece la

amistad entre dos personas y define esa experiencia como «una dulce realidad basada en un lazo de cariño que de varios corazones forja uno solo» (II, 5, 10). El encuentro más significativo, en este sentido, es con un amigo –cuyo nombre no menciona– de su misma ciudad, Tagaste, de su misma edad, compañero de escuela y de juegos, que compartía sus intereses y por el que siente un cariño profundo. La amistad, apenas de un año, se enfrenta sin embargo con una de las pruebas más duras en la vida: una grave enfermedad. La idea de Dios surge sobre el asunto del bautismo que es irrelevante para Agustín, pero de absoluta seriedad para su amigo. El amigo muere y Agustín, que no estuvo presente en el momento, se siente traicionado por un “Dios de venganza” y reacciona con una “rebelión” interior.

A pesar de todo, el tiempo se convierte en un bálsamo para la herida honda abierta en sus afectos.

+ *La relación sexual*

La relación de Agustín con su amante, a quien llama simplemente ‘Una’, es objeto de breves pero incisivos comentarios en las *Confesiones*. Aunque es una referencia lacónica, Agustín incluye elementos de una transformación que solamente él ha podido experimentar y comprender. Al principio la consideró como «presa fácil para una aventura» (IV, 2, 2); pero después de catorce años de mutua fidelidad la tenía tan grabada en su corazón, que cuando la «apartan de su lado» y tiene que separarse de ella, siente que lo dejan destrozado, herido y sangriento ¹⁴(VI, 15, 25). Es el evento que nos permite ver la complejidad no sólo de los afectos que dominan la conducta de Agustín sino del ser humano. Aquí usa “*cor*”, para ubicar sus sentimientos, el centro donde también experimenta su inquietud primordial, su apego a las criaturas humanas, a las cosas terrenas, y su anhelo por la unidad con Dios.

+ *El amor en Dios*

Los factores del cambio que ocurre en el proceso de “*ordo amoris*” se desarrollan en la narración de los libros VI y VIII. En su reflexión y experiencia Agustín eleva la noción clásica de “*amicitia*” a un nivel cristiano de «amistad en Dios». La enseñanza fundamental de este ejercicio puede resumirse en estos términos¹⁵:

Las funciones empáticas de los afectos naturales que ocurren entre los individuos constituyen un vínculo que consolida la mutualidad y reciprocidad entre ellos. En el proceso es posible crear algo que va más allá de la experiencia humana cuando se introduce en esa relación la referencia del amor de Dios. Eso adquiere una cualidad trascendente: en el amor humano salimos de nuestro propio ser en dirección a otro y en el amor de Dios, salimos de nuestro ser hacia Otro que no es objeto de amor exclusivo nuestro sino de todos. (III, 8, 16). Agustín nos invita a re-examinar nuestra forma de amar y

¹⁴ En el original: « *concisum et vulneratum et trahebat sanguinem* » revela un trauma interno tanto más doloroso cuanto lo sufre solo y en silencio.

¹⁵ Es un aspecto central en la espiritualidad agustiniana, representado simbólicamente desde antiguo por un corazón con llama ardiente.

hacer un esfuerzo para elevarla a un nivel desde donde podamos ‘ver la belleza’ en el ser humano como reflejo de la imagen de Dios (IV, 12, 18).

Desde ahí, la reflexión que hace Agustín sugiere un esfuerzo para re-orientar los afectos, con el objetivo de centrarse y adquirir estabilidad en el amor de Dios y de los otros en Dios. En Él tiene su medida todo amor humano: «Te ama menos aquel que ama contigo alguna cosa que no ama por ti. ¡Oh amor, que siempre ardes y que nunca te apagas!» (X, 29, 40). El *ordo amoris* fundamenta el saber más íntimo que Agustín logra en el ascenso de su peregrinaje y que ha resume en ese gran poema-lamento con el que cierra la experiencia de la dispersión: «Tarde te amé belleza tan antigua y tan nueva!...» (X, 27, 38)

Ejercicio 5. MAGISTER **Aprender a ser discípulo de Cristo.**

En la jornada espiritual de Agustín, el proceso del conocimiento de Dios va a través de Cristo y se afirma por la adherencia a Él en la conversión. Cristo se constituye así en el centro de su historia personal: “Él es objeto de la confesión de mi alma” (IV, 12, 19) y el camino por el que se propone andar desde ahora para “llegar y ver y poseer a Dios” (VII, 21, 27) principio y término de su peregrinaje.

1. Cristo, nombre “saludable”.

En las Confesiones hay un eco de la pregunta que Jesús hace los discípulos: ¿“Quién decís vosotros que soy yo”? (Mc 8, 29). Para Agustín, aun en el largo “tiempo de ignorancia”, como él dice, Cristo es un nombre que dejó una huella imborrable en su infancia unida a imágenes de salvación (III, IV, 8). Y está asociado a contextos cognitivos, afectivos y sociales que su madre elaboró de modo efectivo en el ámbito familiar. Todo ello forma una memoria latente en su consciencia que, aunque permanezca borroso e inefectivo por muchos años, puede recobrar su vigor más adelante. De hecho, le ayuda a resolver, en un momento crítico, la incertidumbre que le causa su adhesión a los maniqueos: “Rehusé en términos absolutos confiar la curación de la enfermedad de mi alma a éstos, desconocedores del nombre saludable de Cristo” (V, 14, 25).

Tiempo atrás, cuando Agustín se pregunta por qué “buscaba la felicidad donde ni siquiera había vida”, hace una reflexión sobre el tema de “la Vida misma” que ha venido hasta la humanidad y pone en perspectiva la condición del ser humano perdido en su dispersión y rescatado por la mediación de Cristo. Seguidamente, recita un ‘Creo en Cristo’ personal, en el que recoge los misterios relativos a su acción redentora, resaltando el mensaje de que su regreso al Padre es “para que volvamos a nuestro propio corazón y lo encontremos allí”. Y termina exhortándose a proclamar esas verdades a otros: “para llevarlos a Dios, porque de su Espíritu será lo que les digas, si lo dices ardiendo en caridad” (IV, 12, 19).

2. El camino estrecho

Para entender la respuesta personal de Agustín a Cristo, hay que reflexionar sobre el libro VIII, donde Agustín destaca estos puntos:

+ *Un ser dividido*

Agustín con toda franqueza nos dice: «El camino que es el Salvador en persona me resultaba satisfactorio, pero aún sentía pereza en aventurarme por su angosto trazado» (VIII, 1, 1); y admite que su actitud está provocada por la dificultad de superar la pasión carnal. La continencia sexual es un objetivo elevado y deseable, pero lejos de su alcance. Su pasión inveterada y la continencia, dos extremos opuestos entre los que Agustín se ve a sí mismo atormentado: “Había dos voluntades enfrentadas dentro de mí, una antigua y otra nueva, una carnal y otra espiritual que me quebrantaban interiormente” (VIII, 5, 10).

Y a continuación nos explica cómo se ha formado ese conflicto: «De la voluntad pervertida nace la pasión, de servir a la pasión nace el hábito y del hábito no combatido surge la necesidad invencible [...] Con estos eslabones me tenía sujeto en dura esclavitud» (VIII, 5, 10). Esta observación es un buen ejemplo donde se reconoce el profundo conocimiento que Agustín tenía de la condición humana. La secuencia en el proceso original: “*libido, consuetudo, necessitas*” define exactamente el concepto moderno que prevalece para describir todas las adicciones.

+ *La decisión en suspenso*

Agustín hace un examen a fondo de su experiencia para resumir la dinámica interna de su voluntad moralmente inoperante, que conoce la causa – “*noveram eam* (la maldad y fealdad) – y sin embargo, – “*dissimulabam et cohibebam et obliviscebar*” – la ignoraba, la ocultaba y la olvidaba (VIII, 7,16). Una tríada lapidaria que revela el examen de conciencia que hace Agustín. Él utiliza obstinadamente ese mecanismo psicológico primordial de defensa y negación para evitar confrontarse a sí mismo y cambiar. En ese oscuro rincón se afincan su voluntad torcida, que rehúsa aceptar la verdad. Y ahí, también es donde siente el acoso de Dios, que es la Verdad misma.

Agustín experimenta con penosa intensidad el drama de dos voluntades contrarias en sí mismo (VIII, 8, 19-9, 24). La tensión en esa experiencia viene de la gracia de Dios que presiona: “Tu permaneciste en lo más íntimo de mi corazón redoblando los azotes de temor y vergüenza con misericordioso rigor para evitar que abandonara la lucha” [...] Ya me acercaba a la decisión, ya estaba a punto de conseguirlo, pero no llegaba del todo...Después lo intentaba de nuevo y ya estaba casi allí, ya casi alcanzaba el objetivo ... y otra vez ya no estaba allí, ya no lo tocaba, ya no lo alcanzaba [...] no abandonaba el propósito pero seguía viviendo en suspenso (VIII, 11,25)

Esta situación es causa de la tardanza de Agustín en el seguimiento de Cristo. Y cuando la misericordia de Dios viene en su ayuda “de modo admirable y misterioso”, su voluntad se siente débil ante el esfuerzo que exige un renunciamiento firme a su modo de vivir.

+ *Revestirse de Cristo*”

Pero el plan de Dios es inevitable en su realización sobre el ser humano. Y aquí se manifiesta a través de la lectura que Agustín hace en este tiempo de las cartas de San Pablo. Tras un largo y agitado monólogo interior, Agustín describe su encuentro con Cristo, diciendo que como al azar, “*cogí, abrí y leí en silencio*” el texto que habla expresamente de “revestirse de Cristo” observando una conducta sobria y continente (Rom 13, 13-14). Agustín resume con impresionante simplicidad, en tres palabras, el ‘acto de significado definitivo’ de su drama espiritual¹⁶. Agustín termina con una frase concisa que pone fin a la larga experiencia del retorno a sí mismo y a Dios en su interioridad:

¹⁶ Este acto de leer en el que asimila las palabras *como dirigidas a sí mismo* y reacciona a su mensaje *con la inteligencia y el afecto*, condensa magistralmente el proceso de ‘lectio divina’. Una práctica que Agustín utiliza a través de su extensa obra, especialmente en la *Exposición sobre los Salmos*.

“No quise leer más ni era preciso. Al punto, nada más acabar la lectura de este pasaje, sentí como si una luz de seguridad se hubiera derramado en mi corazón, ahuyentando todas las tinieblas de mi duda. Y cerré el libro” (VIII, 12, 29-30).

Finalmente, su decisión es firme y sincera. Nada aquí es casualidad o sorpresa puesto que la providencia escondida de Dios, su Verdad y su gracia, ha guiado “de muchas maneras” la batalla hacia la resolución que dependía de una “voluntad total” (VIII. 8, 19-29, 30). En este predicamento nos da a entender que el ser humano tiene la libertad de escoger y la capacidad para decidir; y junto a ello, la gracia de Dios es un elemento efectivo que puede cambiar el pensamiento y los afectos, en suma la persona entera. Y, consiguientemente, desde ahora, Cristo ocupa el centro de su vida y es la referencia última de su vocación cristiana.

3. Conversión y libertad

El Libro IX es la cima desde donde Agustín ve el horizonte que le ha descubierto su encuentro y aceptación de Cristo. Al fin, su mente “estaba libre de toda ansiedad asociada con las antiguas pasiones y pude hablar abiertamente contigo”. Tras el largo examen de conciencia y discernimiento de sus “hechos, dichos y deseos” en la presencia de Dios, en el proceso de unificar su voluntad, ha visto una luz en su interior que le ayuda a expresar una convicción importante para el futuro: “Todo el problema radicaba en esto: en dejar de querer lo que yo quería y en comenzar a querer lo que querías tú”; y está seguro de que la intervención de Dios “ha sanado la profundidad de su mortalidad y cubierto el abismo de corrupción en su corazón” y así él ha logrado “someter su libre voluntad al yugo suave y la carga liviana de Cristo su Ayudador y Redentor y con gozo ha arrojado lejos todo lo que antes tuvo miedo de perder” (IX, 1, 1). Ya no es sorpresa que, al llegar a este momento recuerde con honda satisfacción que al fin “ha subido desde el valle del llanto, cantando su cántico de peregrino” (IX, 2, 2).

Agustín recibe el bautismo por el Obispo Ambrosio en la Vigilia de Pascua del 387. La conversión a Cristo, sin embargo no es el acto final de un drama espiritual, sino un mojón crucial en el peregrinaje que sigue ahora por el camino verdadero.

Ejercicio 6. COR UNUM

Aprender a participar en la comunidad de fe.

La experiencia religiosa de Agustín, tiene su raíz en la inquietud del “cor nostrum” I, 1,1), que por la interioridad y la conversión halla su descanso y su unidad en Dios. Y a medida que, como miembro de la comunidad de creyentes, profundiza en la comprensión de su misión en la Iglesia, extiende el ámbito de la relación personal con Dios a todos los demás. Son los compañeros de su peregrinaje (X, 4,6) a los que invita a unirse en confesión y alabanza del Creador.

1. “Madre Iglesia”

La expresión ‘Madre Iglesia’ era la forma tradicional de los católicos de referirse a la comunidad de fe cristiana. Y tiene especial connotación para Agustín porque ha entrado en ella rodeado de una familia y encuentra otra universal: “todos mis hermanos para quienes Tú, Señor, eres su Padre dentro del seno de la madre Católica, conciudadanos míos en la Jerusalén eterna, por la que suspira tu pueblo durante su peregrinación, desde su partida hasta su retorno” (IX, 13, 37). Es importante resaltar que Agustín establece el lazo de fraternidad como distintivo de la comunidad de los creyentes que por su fe representan la iglesia peregrina de Cristo.

A este respecto destacamos tres aspectos importantes:

+. *Cor nostrum*”, “*cor unum*. Cuando Agustín establece el principio fundamental del ‘corazón inquieto’ estaba pensando en ‘los muchos’ que andando por sus caminos, entrarían en el camino de Dios por la conversión y se unirían a la comunidad de creyentes en la Iglesia. De fondo, está el testimonio de los Actos (Hech 4, 32a) que nos describen una comunidad de conversos, que aun siendo corporalmente muchos son espiritualmente ‘un solo corazón y una sola alma’ en Dios. Esta realidad no se hace simplemente por ‘estar juntos’ sino porque todos se dirigen al mismo término motivados y sostenidos por la presencia de Cristo entre ellos, que es Maestro de la verdad, camino y vida. Las *Confesiones* describen esa transformación del “*cor nostrum*” inquieto (I, 1, 1) en el “*cor unum*” en Dios, por la fe en Cristo que les reúne en la comunidad de la madre católica, única Iglesia, que es su cuerpo (VI, 3, 4; 4, 5).

Agustín comienza sus *Confesiones* desde un mojón alto de su peregrinaje y con una visión amplia de toda la humanidad que comparte la condición de la mortalidad (I, 1, 1). A lo largo de su narración demuestra una sensibilidad particular hacia la presencia de otros, con los cuales se identifica a un nivel que trasciende toda posible diferencia. Y así dice: “Haré estas confesiones no sólo delante de ti, gozándome secretamente con temor y temblor y con una tristeza secreta mezclada de esperanza, sino también ante los oídos de los hijos de los hombres creyentes partícipes de mi alegría, consortes de mi mortalidad, conciudadanos míos y compañeros de peregrinación y de vida, los que han precedido y los que vengan en el futuro. Éstos son tus siervos, mis hermanos, que Tú quisiste fueran hijos tuyos. Éstos son mis dueños. Tú me mandaste que esté a su servicio si quiero vivir contigo de ti.” (X, 4, 6).

Esta es la visión teológica y humanista que subraya la grandeza del alma de Agustín con raíces en la enseñanza evangélica (Mt. 23:11). Más allá del significado de ese concepto en la tradición filosófica antigua.

2. El plan de Dios para los creyentes.

El Libro IX de las *Confesiones* relata la experiencia de Agustín recién convertido en Milán. Aquí va a descubrir cuál es el plan de Dios para él en esa Iglesia en la que ha sido recibido.

+ *El que entra es para servir*, como el Maestro. Desde su bautismo y regreso a África, le aguardan grandes sorpresas. La más extraordinaria es la de su elección para el sacerdocio y –en corto tiempo– para el episcopado, sucediendo al anciano Valerio. Agustín asciende espiritualmente a una situación entre sus hermanos y conciudadanos que le dará ocasión de consolidar de forma concreta la reorientación de su vida inspirada por su nueva fe. Él pensaba en una vida de retiro, dedicada al estudio y la oración al estilo monacal. Pero su peregrinación toma un rumbo insospechado, sobre el que se ciernen grandes cambios y retos difíciles de afrontar.

+ *La experiencia de ‘pertenecer’* a la Iglesia crece con su fe y robustece su inteligencia y determinación frente a la hostilidad de los paganos. Esta convicción agustiniana nos fuerza a considerar que hoy día la historia de confrontación a esta Iglesia visible y humana, se repite con otras formas. Pero las situaciones de ahora comprometen con igual gravedad a los cristianos y son un desafío al “valor de ser católico” y manifestarlo sin ambages. Una literatura cada vez más valiente y honesta promueve esta actitud, pero la batalla tiene muchos frentes y situaciones complicadas. La responsabilidad sin embargo permanece en nuestro campo exigiendo un firme testimonio.

+ *Desde su conversión*, en el transcurso de los años, Agustín va a consolidar los fundamentos de la Iglesia como participante y a la vez guía de una comunidad compleja en su constitución. Así llega a entender que aunque la vida de esta ‘asamblea fraterna’ está orientada a la ciudad de Dios en el futuro, sin embargo, en el presente, es una realidad religiosa y social, visible y activa en el contexto de este mundo. Entre ambos términos hay una tensión que discernir y resolver para llegar a la unidad y plenitud que configuran el plan de Dios para esa Iglesia. Su basílica acoge a una multitud abigarrada de santos y pecadores. Gentes que arrastran aún la huella de viejas costumbres y ambiguas formas de inculturación, la humanidad prefigurada en las “aguas amargas” (XII, 22, 31) sobre las que se extiende el Espíritu. Ésa es la audiencia que escucha sus sermones y la que tiene en mente cuando escribe su historia. Pero servir a fieles de toda clase social proporcionó a Agustín un grado inestimable de familiaridad con las realidades de la naturaleza humana, particularmente con la contumaz e intratable inclinación hacia el pecado que confirma la necesidad de gracia sacramental para superarla.

Una convicción con profunda influencia en su pensamiento y su teología. En nuestro tiempo, invita a hacer una reflexión profunda sobre el mal que surge desde dentro, desde la condición humana de los miembros de la Iglesia.

3. Una iglesia abierta

La unidad de “alma y corazón” está lejos de ser un hecho edificante en la Iglesia en la que ahora él vive y se ve obligado a explicarla y defenderla. Esa experiencia que ha dejado huella profunda en el peregrinaje espiritual de Agustín sugiere al ejercitante que explore la realidad de la Iglesia en su propio tiempo y experiencia; a que lea y se instruya sobre los temas importantes que afectan a todos los que viven en ella espiritualmente.

¿Cuál es la verdadera iglesia? Era la pregunta que esgrimía la obstinación de los donatistas a quienes se enfrenta Agustín cuando reclaman la identidad de la Iglesia Católica desde su campo. Una batalla que se ha alargado en diferentes metamorfosis hasta en los tiempos modernos. ¿Un arca, un coto cerrado donde se refugian los más fieles contra el diluvio de un mundo pagano o una casa con la puerta abierta? Agustín rechaza la tentación de replegarse en baluartes que separan permanentemente a los que están dentro de los que están fuera. La Iglesia será siempre una mezcla de seres humanos que llevan en su interioridad el fardo de su experiencia inescrutable, sobre la cual sólo Dios puede juzgar. Entretanto, frente a esa realidad visible, él argumenta, critica, desafía, usando a un tiempo la firmeza y la persuasión. Incluso apoya a la autoridad que se impone en formas a veces en aparente conflicto con el espíritu del Evangelio, para que prevalezca la unidad y la claridad en asuntos de la fe.

Ejercicio 7 PEREGRINATIO

Aprender a vivir en peregrinaje hacia Dios

Peregrinatio se desarrolla en el tiempo fugaz de la vida humana y es el ejercicio que guía la experiencia de las Confesiones. La persona asciende hacia Dios, no a pie o a través de distancias en el espacio, sino por un movimiento de afectos y de obras animadas por la fe. A lo largo de esa experiencia, da testimonio de la acción transformadora de la gracia en el ser humano. Agustín es un verdadero peregrino de Dios.

Desde las *Confesiones* a la *Ciudad de Dios*, ‘*peregrinatio*’ es el arco conceptual que une tanto su historia personal como su visión de la humanidad. Y es el ejercicio permanente en que se configuran todos los eventos de la vida de Agustín. Para explicarlo, él recurre a la experiencia del tiempo en la conciencia del ser humano. Y propone al lector que examine¹⁷ su propia historia en clave de los tres aspectos de ese tiempo humano en su totalidad y diga con Agustín: “*no como he sido antes, sino como soy ahora y como aun voy a ser*” (X, 4, 6). Agustín descifra el sentido, en esta triada que es una de las más inspiradas y le sirve de marco para configurar la historia de su vida. En este ejercicio es referencia para examinar la nuestra:

1. Integración del pasado

Cuando comienza sus *Confesiones*, Agustín tiene en la vasta zona de su memoria un pasado inexplorado que cubre la mitad de su vida. De todo este pasado sobresale la experiencia de dispersión en la que han intervenido muchos factores y vaivenes (libros II-VI).

En sintonía con el afecto íntimo de los salmos examina su ‘viejo ser’ e invoca con “dolor y tristeza” los recuerdos de su vida en dispersión (IX, 4, 9; X, 21, 30). El pasado y presente están unidos en la memoria y se manifiestan en los comentarios sobre ese — *quis fuerim*—, lo que fui, que aparecen y reaparecen en el curso de su relato. La extensa meditación que hace en el Libro X no es síntoma de morosidad sino una llamada a la vigilancia sobre uno mismo. Agustín se esfuerza por superar el impacto de las experiencias pasadas. Sabe que la tarea es larga y que no se verá cumplida totalmente durante el peregrinaje de la existencia temporal.

La clave de este proceso no está en los resultados del esfuerzo humano, sino en la disposición de apertura a la acción restauradora de Dios que absorbe en su luz las tinieblas de la condición humana (XI, 2, 2). Los lectores pueden identificarse aquí con Agustín y unirse a él en la breve plegaria que resume todo su deseo: «Tú, que nunca abandonas lo que emprendes, completa lo que hay en mí de imperfecto» (X, 4, 5). La vida en peregrinaje continúa pero solamente se puede restaurar el pasado viviendo de la gracia.

2. Disciplina del presente

A través de las páginas de su obra y al reconstruir su propia historia, Agustín se da cuenta de algo importante: “La energía vital de lo que estoy haciendo está en tensión entre el pasado y el futuro”,

¹⁷ La triada final *-non quis fuerim, sed quis iam sim, et quis adhuc sim* - resume en extraordinaria síntesis todas las motivaciones de un peregrinaje espiritual comprometido con el testimonio cristiano. Y en consecuencia el contenido de los Ejercicios. Con razón San Agustín ha sido considerado siempre como un gran Maestro espiritual.

a causa de “distracciones ansiosas” y de “pensamientos desarticulados por cambios tempestuosos” (XI, 28, 37-38). Con ello demuestra tener una consciencia viva de su temporalidad que le identifica, no entre los moradores que se han “acomodado” a ella, cediendo a las insinuaciones de una permanencia ilusoria, sino entre los peregrinos que responden a la urgencia de seguir adelante. La diferencia tiene unas características distintivas en la dimensión espiritual. Augustine sugiere una disciplina que incluye:

+ *Mantener la atención*

Agustín se ejercita en trascender la temporalidad de las cosas, “el presente de los momentos que ahora vivimos” y la *distensión* en la que el ser humano se fragmenta, por medio de la *atención fija* que “perdura” y “está siempre presente” (XI, 20, 26; 26, 37).

El peregrino adquiere capacidad para valorar el tiempo que pasa acarreado todo lo que es a la vez familiar y misterioso en la vida con su huella imborrable (XI, 27, 34). Todos sus momentos, como gotas de agua deslizándose lentamente en la *clepsidra* (XI, 2, 2), son preciosos, don gratuito de Dios creador de todos los tiempos (XI, 30, 40; X, 6. 8; XI, 30, 40; XIII, 35, 50).

La atención adquiere su más profundo significado cuando se fija sobre el desarrollo de la vida espiritual, a partir de la conversión. Agustín dice: “Aún estoy en peregrinaje lejos de ti” (X, 5, 7) Es la expresión que revela la necesidad de un ejercicio y una dedicación firme ya que, dada la condición humana, la dispersión puede envolvernos de nuevo. La consciencia que tiene de esa realidad influye profundamente en el enfrentamiento a la complejidad de las tentaciones que ocurren inevitablemente y causan incertidumbre: “Desconozco qué tentaciones podré resistir y en cuales puedo caer” (X, 5, 7). No es extraño que Agustín, después de enfatizar en los libros I-VIII el impacto que las concupiscencias de la carne, de los ojos y de las ambiciones materiales han tenido en su vida, recalcó de nuevo en el texto de 1 Jn 2, 16 para comentar sobre el tema (X, 30, 41; 41, 66).

+ *Afirmarse en un estilo de vida*

La revisión de eventos y conductas con la perspectiva que adopta Agustín, ilustra el ascenso trascendente de un ser que se afirma a sí mismo y una forma de vivir, al tiempo que reconoce su necesidad de “afirmarse y estabilizarse” en Dios, “en tu Verdad que me forma” (XI, 30, 40).

En el paradigma agustiniano la restauración espiritual es un proceso en constante movimiento en el que las viejas cuestiones y conflictos surgen una y otra vez, de acuerdo con las vicisitudes de la vida. Agustín demuestra esta capacidad en su experiencia, particularmente a través de su ingente labor pastoral y sus escritos. Ahí desarrolla, de modo infatigable, su compromiso y estilo de vida cristiana, de modo ejemplar para nuestro tiempo. Y sirve de referencia para quienes no sólo leen sus escritos, sino que también afirman el sentido trascendente de la *peregrinatio* en sus propias vidas.

3. Visión para el futuro

La capacidad de extender la motivación interior desde el presente efímero hacia el futuro, con una perspectiva sobre la totalidad del universo se consideraba en la filosofía antigua como señal de progreso hacia el alcance de la sabiduría. Agustín nos ayuda a ver otra dimensión.

+ *En el plan de Dios*

El nuevo sentido que Agustín descubre en el tiempo de la *peregrinatio* le permite situarse en el plan de Dios para él mismo y para la humanidad. En vez de aislarse en busca de su realización personal, adopta una actitud firme y consecuente con su decisión de servir a la Iglesia Católica “con la pluma y la palabra”. Es la motivación hacia la ‘continuidad’ que impone dar testimonio de sus creencias y ofrecer una respuesta apropiada a las aspiraciones que ha descubierto en los seres humanos. Su visión de los “muchos lectores” (X, 4, 6) es expresión del más profundo y ejemplar anhelo que consiste en servir de vínculo en la cadena de las generaciones que se suceden en el tiempo. Escribiendo sus *Confesiones*, demuestra sincera empatía hacia a los lectores de ‘todos los tiempos’, no solo escribiendo con genuina “veracidad”, sino que también les exhorta a vivir bajo la gracia de Dios en la comunidad eclesial.

+ *Ars moriendi.*

A la expresión inicial «la vida es un caminar hacia la muerte», Agustín añade una enigmática segunda parte en la que afirma, «y un morir que conduce a una vida nueva» (I, 6, 7). Ahí se funden las dinámicas de una misma experiencia que empujan, por una parte, a ignorar el pensamiento de la muerte y concentrarse en la vida del “aquí y ahora” y por otra, afirman el deseo de inmortalidad. El ejercicio refuerza la consciencia de “la muerte-hacia-la-vida” y el deseo del encuentro con Aquél de quien ha recibido el don de su existencia (I, 20, 31). Agustín, con esa perspectiva, reflexiona:

“La vida es miserable, la muerte es una incógnita; supongamos que nos asalta de improviso, ¿en qué situación saldríamos de este mundo? ¿Dónde vamos a aprender aquello que aquí desatendimos? Mirándolo bien, ¿no tendremos que expiar la pena de esta negligencia? Y ¿qué pasaría si la muerte trunca nuestras preocupaciones y los mismos sentidos y pone un fin a todo ello? Quizá debemos de considerar este asunto” (VI, 11, 19).

El ejercicio comienza para Agustín cuando descubre el ejemplo de Cristo, cuya muerte confiere el significado último a la vida del creyente (IX, 1, 1). En adelante, la muerte ya no se reduce a un evento fisiológico sino que, partiendo de que Cristo es “la vida misma”, se expande a una esfera donde todos los elementos de la temporalidad: amor, tiempo, redención, eternidad adquieren otro sentido. Agustín afirma el mensaje que se desprende de este misterio de la fe cristiana en que S. Pablo le ha instruido (2 Cor 5, 14-15). Cristo principio, poder, verdad y sabiduría de Dios, ha asumido a la humanidad entera en el proceso de salvación (XI, 9, 11).

El lector ejercitante puede ahora comprobar el vasto horizonte que le han descubierto las *Confesiones*. La enseñanza de Agustín no termina aquí, sino que se alarga a través de la existencia

terrena, conjugando la dinámica que desarrollan estos ejercicios espirituales, hacia su término en Dios. Y entretanto, esta es la oración del caminante, día tras día:

«Al amanecer me levantaré y veré a mi Dios
que pone la luz de salvación en mi rostro.
Él pondrá vida también en nuestros cuerpos mortales
por el Espíritu que habita en nosotros.
Él ha sido misericordioso
cubriendo el abismo oscuro de nuestra interioridad
y de Él hemos recibido, aún en esta peregrinación,
la promesa de ser hijos de la luz,
salvados en la esperanza
y no hijos de las tinieblas
como antes fuimos» (XIII, 14, 15).

El peregrinaje de Agustín no termina con la narración de las *Confesiones*, pues en la última página nos exhorta: “Pidamos a Dios, busquemos en Él, llamemos a su puerta. Solo así recibiremos, solo así encontraremos, solo así se nos abrirá la puerta” (XIII, 38,53). Y siguiendo su enseñanza hemos descubierto que el final estaba ya en el principio, cuando nos animaba con la esperanza evangélica: “el que busca al Señor, le encontrará y al encontrarle le alabarán”. Los lectores, peregrinos con Agustín, entienden que los ejercicios continúan y se unen a él diciendo: “Grande es el Señor y muy digno de alabanza” (I, 1,1).

SAN AGUSTIN Y LA NUEVA EVANGELIZACION

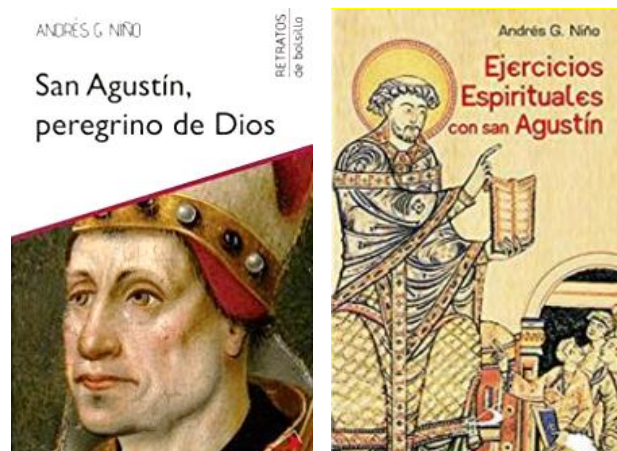
El pueblo de Dios peregrina enfrentándose siempre con obstáculos y pruebas en el camino. Los tiempos modernos han generado otros más insidiosos y difíciles de superar. Por eso la urgencia de una ‘nueva evangelización’ - en su fervor, métodos y expresión - que propuso S. Juan Pablo II al comienzo del tercer milenio y a la que han contribuido Benedicto XVI con su *Porta Fidei* y el papa Francisco con su reciente *Evangelii Gaudium*. En sus mensajes han recurrido acertadamente a las enseñanzas de San Agustín. Desde la perspectiva de estos Ejercicios hacemos una propuesta sobre los objetivos e iniciativas con que *el carisma del peregrinaje agustiniano* puede contribuir a esa tarea¹⁸.

Una tarea común

- * *Establecer las Confesiones* como texto didáctico para una experiencia de fe que, a través de la conversión y la atención al Maestro interior, consiga una disposición firme para el testimonio cristiano en el mundo del tercer milenio.
- * *Proponer los Ejercicios espirituales y prácticas formativas* derivadas de las Confesiones de Agustín en formatos pastorales y litúrgicos que respondan a las necesidades de individuos y de grupos.
- * *Crear situaciones y encuentros* que estimulen la preocupación espiritual de los laicos y su progreso en la adhesión a Cristo, particularmente, a través de iniciativas asociadas con la pastoral de parroquias y centros educativos. Es el ámbito en el que Agustín impartió su enseñanza como Maestro espiritual y donde su experiencia y su palabra pueden tener un impacto significativo.
- * *Formar ‘pedagogos de interioridad’* entre los que se han ejercitado con Agustín para que sean capaces no solo de explicar su mensaje sino también de *transmitir la motivación* necesaria para que otros den testimonio de su fe. Agustín mismo dice a su amigo Darío: “Pienso que mis escritos, por tu recomendación y difusión, pueden ser muy beneficiosos para muchos y bien motivados individuos y a través de estos será posible el que compartan con otros a quienes puede ser también de gran ayuda espiritual” (Carta 231.5).

¹⁸ Este es el tema de una serie de diálogos que comenzaron sobre la experiencia de los *Ejercicios con San Agustín* en Guadarrama-Madrid. Su relevancia es actual y sugiere afirmar el proyecto en el contexto de la espiritualidad agustiniana.

Peregrinos con San Agustín



La obra clásica de las *Confesiones* de San Agustín ha ejercido una influencia constante a través del tiempo en la cultura occidental. Particularmente en los que experimentan en sí mismos la primordial ‘inquietud del corazón’ y le acompañan buscando a Dios, a quienes él llama “peregrinos conmigo” (10, 4, 6). La metáfora de peregrinaje con su profundo significado evangélico provee de estructura y continuidad a las Confesiones. Y de ahí ha surgido la iniciativa de los “**Peregrinos con San Agustín**” con el fin de reunir en torno a los que desean seguirle en su búsqueda de Dios.

La tarea que realizan en la lectura y experiencia de las Confesiones se expone en los *Ejercicios Espirituales*, obra del P. Andrés G. Niño, OSA, que inicialmente se publicaron en la Revista Agustiniana de Espiritualidad (2006/2008). La primera experiencia se llevó a cabo el 2008 con los grupos de retiro en la Residencia Agustiniana “Fray Luis de León”, Guadarrama-Madrid. Desde entonces se han realizado en Méjico, Costa Rica, Perú, Italia y otros países. Tanto la obra como su proyección en la experiencia de individuos y grupos se ha ido expandiendo gradualmente, integrándose en la tradición de la Espiritualidad Agustiniana.

En Estados Unidos, -Boston área, los Ejercicios se han ofrecido con preferencia en varios ámbitos: Parroquia, Universidad y la asociación “*American Pilgrims on the Camino*”. Hasta el presente los *Ejercicios* han sido dirigidos por ‘pedagogos de la interioridad’ de la familia agustiniana y también algunos laicos, adaptando el texto publicado a la identidad y circunstancias de los diversos grupos.

La propuesta de “nueva evangelización” en la Iglesia Católica invita nuestra contribución a esa tarea. Y creemos que la respuesta más convincente viene cultivando la experiencia de San Agustín en su vida como compañeros de peregrinaje.

Programa

1 **Objetivos** del “Peregrinaje con San Agustín”, desde una perspectiva evangélica:

Identidad, conversión, formación. (cf. Notas del Peregrinaje).

2 **Material didáctico:**

Ejercicios Espirituales con San Agustín (2016) y la biografía *San Agustín peregrino de Dios* (2018) ambos en Editorial San Pablo [Amazon.com]. Notas del Peregrinaje (bilingüe)
Confesiones y la Biblia.

3 **Reuniones.**

La propuesta para un plan continuo es, generalmente, una vez al mes (aprox. 90’). El grupo puede decidir la frecuencia de reuniones según las circunstancias de los participantes. Igualmente, programar retiros “in situ” de algunos días durante el año. El grupo de peregrinos es “abierto” a nuevos participantes en cualquier reunión.

4 **La agenda** principal y común del grupo de peregrinos se realiza sobre:

Instrucción, dialogo y celebración (cf. Notas del Peregrinaje).

5 **Liturgias** (‘Misa de los Peregrinos’)

Las celebraciones se hacen de acuerdo con la agenda del grupo. Las fiestas señaladas de San Agustín, Santa Monica, Madre del Buen Consejo y otras, tienen un esquema y textos propios.

6 **Laudes & Vísperas.** Es una práctica monástica recomendada por la Iglesia para el laicado. Fr. Andrés Niño, preparó como parte de los Ejercicios, un *Libro de Horas*, en un simple diseño con textos tomados de las Confesiones. Lo publicaron los Agustinos Recoletos para utilizarlo en los retiros de Monachil-Granada, 2009-10. Es apropiado para la plegaria común en reuniones y liturgias. Con el título *Salterio del Peregrino*, está en formato digital, en español e inglés). Algunos lo utilizan, individualmente o con otros, peregrinando en el Camino de Santiago en España.

7 **Compromiso de los peregrinos**, es una proclamación que el grupo recita en las Liturgias y otras ocasiones, afirmando la voluntad de “dar testimonio” cristiano.

8 **Iniciativas** al servicio de otros en “las necesidades de la jornada”, como San Agustín las considera. Los peregrinos en Boston han comenzado la “Hospitalidad de marginados” en contacto con el apostolado de los agustinos en El Salvador. Los grupos deciden sobre una “práctica formativa” similar y a su alcance.

9 ***Nueva evangelización.*** El grupo de peregrinos de Boston tiene representantes en el V Encuentro Hispano (Houston, 2018), promovido por la Iglesia para nueva evangelización del laicado en Estados Unidos, al que contribuyen con los *Ejercicios* como instrumento práctico para esa tarea.

10 ***Diálogo de peregrinaje.*** Está fundamentado en este *programa* para llevar a la práctica el peregrinaje con Agustín en varias formas, incluido online. Compartir la experiencia con otros, “provoca la imitación y lleva a la adherencia” (VIII, 5, 10). Signo de esperanza para renovación de la fe y vocaciones de servicio en la comunidad.

Contactos: andresnino.osa@gmail.com,

